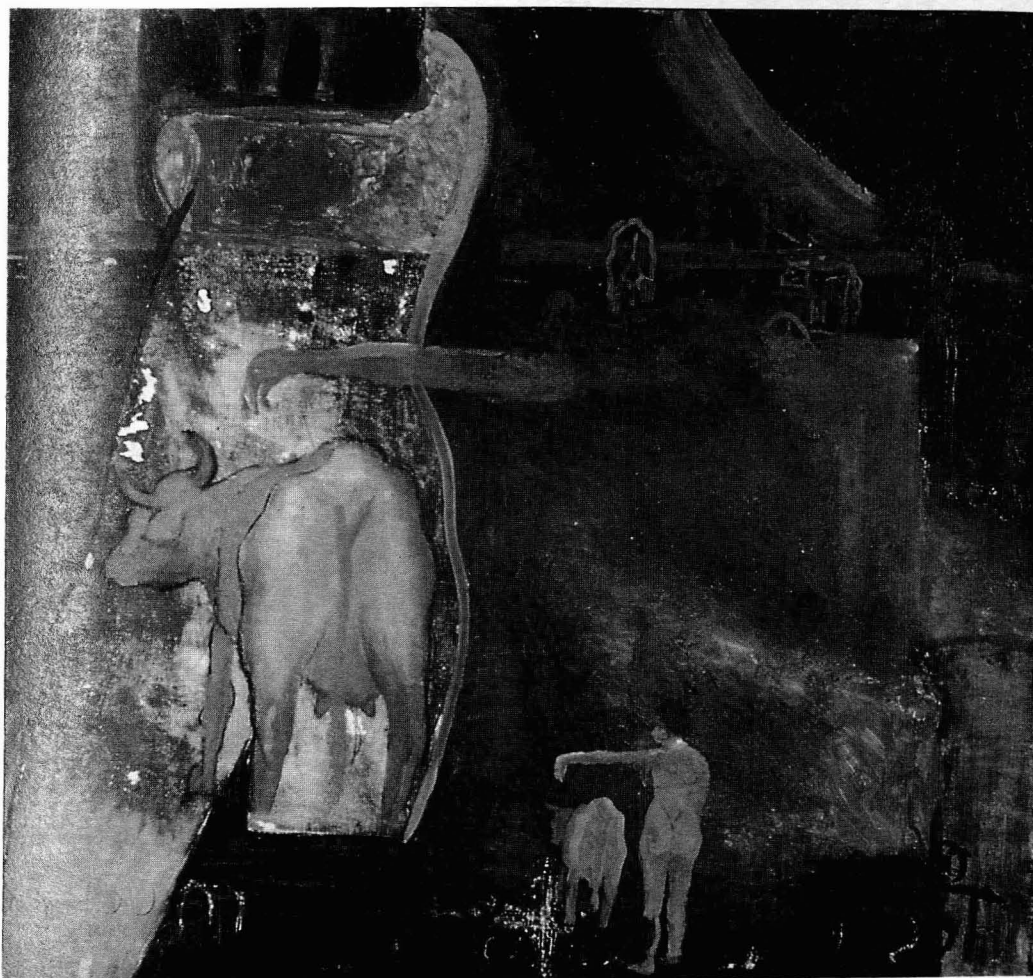

Guillermo Santamarina

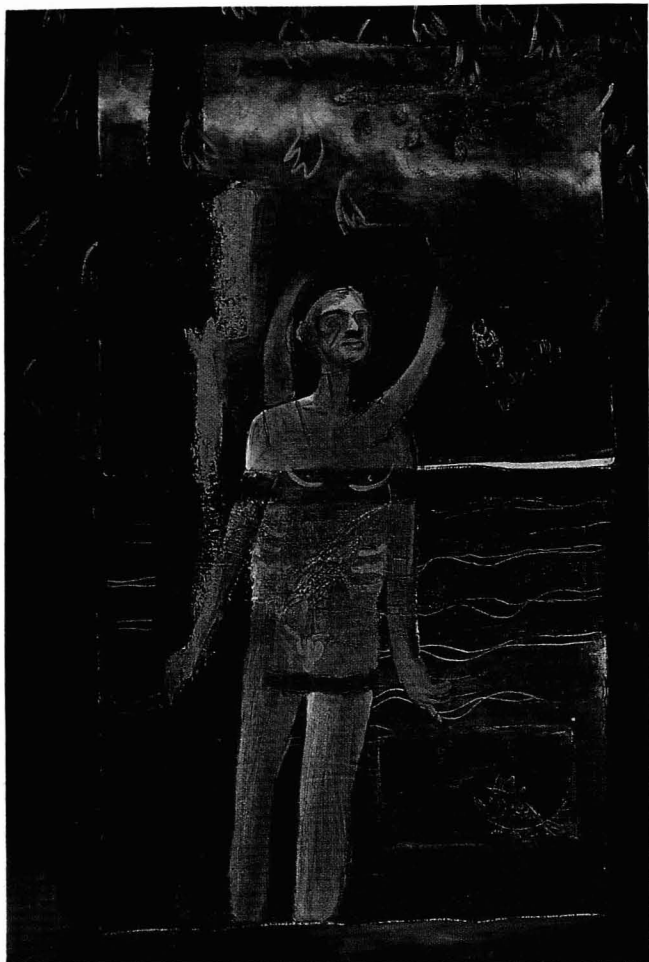
Franco Manterola:
Providencial arribo
de una iconoclastia inútil



Sin título. Óleo/tela, 140 x 190 cm.

Franco Manterola es poeta y es pintor. Su obra, sus imágenes no son el resultado de la detección de una buena idea sino del vagabundeo entre la ilusión, la certeza, la insinuación de una perdurabilidad (sólo la insinuación), la evocación del terciopelo subterráneo y así *all tomorrow parties*, sin darle más peso a una u otra fuente, construye atmósferas desahuciadas de incipientes reduccionistas.

Sin embargo, en las imágenes de Manterola se comentan las nociones de moralidad y banalidad, y según parece, esas nociones establecen juicios al mundo interior que velan estas pinturas. Una investigación inmanente a la formalidad del objeto en sí mismo y no una especie de doctrina o diagnóstico del estado contemporáneo del espíritu humano. Lejos de marcar una caracterización de la obra de este artista, las



Llámale Silerio o Gelacio. Acrílico/tela, 205 x 145 cm.



Un amado ahogado. Acrílico/tela, 140 x 105 cm.



Anónimo el trovador. Acrílico/tela, 120 x 180 cm.

mencionadas declaran a propósito la terminación de la energía que pudieron cargar a ultranza en el nivel de contenidos de la misma. La "documentación" de este concepto, fundamentalmente estético, se observa en dos instancias constitutivas del trabajo: una es particular al oficio, el "pintar" y otra la designación verbal y la titularidad que exhiben los cuadros de Manterola.

Franco ha asumido empeñadamente la posición "clásica" por pintar. Como otros "héroes" que todavía creen en ese medio, no cuestiona la legitimidad moral que en el acto se ve involucrada. Mucho menos importante le resultan las condiciones eficientes —las fórmulas— para complacer a un consumidor. Reconoce las vías del expresionismo, estudiando la escatología o exagerando la atmósfera enrarecida por gases



chillantes, pero oportunamente retoma distancia frente a una alienación para honrar el humor, lo banal... o la lucha metafísica entre el poseer y el abandonar...

La continuidad de la pintura y la selección cuidadosa de material temático codificado por nociones antagónicas son los móviles que uniforman la expresión de Manterola. Esta unidad de principios y declaraciones es infranqueable a la refutación a pesar de las contradicciones que guarda. En las imágenes que provoca están reflejados los valores de una generación que no se acepta (sí, ella misma).

Hace poco una artista de la misma edad de Franco inscribió en una de sus obras (concretamente en un *performance*) la sentencia "yo soy la inestabilidad". Esta oración circula como principio estructural de un

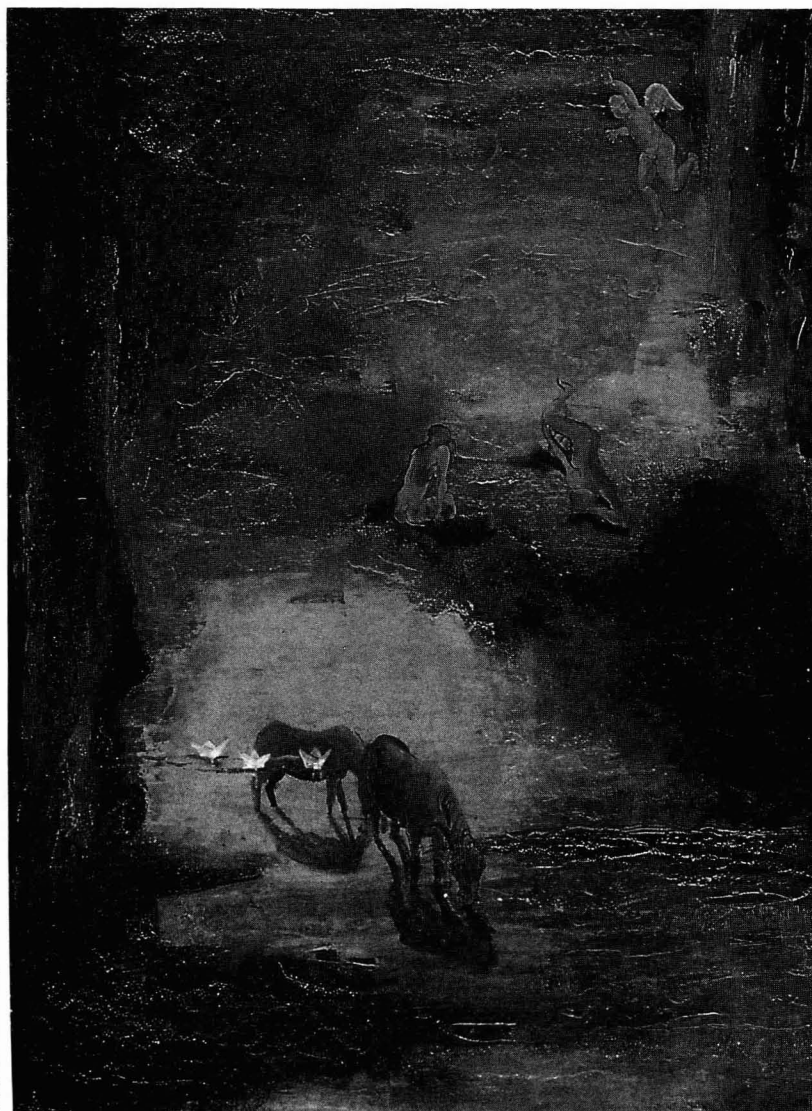


Sin título. Acrílico/tela, 200 x 150 cm., 1990

Sin título. Acrílico/ tela, 100 x 110 cm.



Sin título. Acrílico/tela, 110 x 140 cm.



Ithuriel. Acrílico/tela, 140 x 105 cm.

grupo de individuos que incluso definen la disciplina y el trabajo constante, los medios nobles de movimiento.

En la obra de Manterola no hay bueno, ni maligno. No hay obsceno como tampoco se encuentra lo no obsceno... banalidad —otra vez— y no-banalidad (¡profundidad!) son bien (y mal) deplorados.

Una figura (*Llámale Silerio o Gelacio*) que Manterola ha inventado, se aproxima y rechaza, al mismo tiempo, un fruto que le ofrece un jardín voluptuoso (mientras, en el interior de un estanque de agua cristalina hay un pez pintado —con sombrero— que analiza una pintura).

Ithuriel es un bosque y un ojo de agua donde los ángeles y los caballos y los barcos de papel, perdidos en la memoria, hayan la huella de las historias del arte, de las políticas, de las culturas de masas, de las sociedades de consumo y de las conductas sexuales.

Anónimo, el trovador, otra pintura de Manterola, quiere decir muchas cosas. Se me ocurre que una de ellas es que el autor elude dos ideas como factores participantes de su desarrollo: una, la del artista prosélito, con su explicación categórica del mundo, que se autoposiciona miembro funcionante de la vida pública y la otra, en la de un creador retraído en la conquista formal, tras el oficio como bandera, representado, por cierto, no con la "paráfrasis" o apropiación del desnudo *La Maja*, de Goya, sino con los pollos que cuelgan de la parte superior del cuadro, colgando como la cortina, como ornamento, como las víctimas de la vida doméstica, indiferente, "productiva".

Manterola cuestiona los aspectos más significativos de la expresión y atenta el arribo de nuevos. Lo que queda es un sistema de indiferencias confrontando los compromisos que pretenden la dialéctica cultural y la ideología. Sobre todo los que enarbolan contundentemente "lo mexicano" o aquellos que se niegan a perder los valores representados en el Modernismo... ese ruido. ◇